



Bajo sospecha

Relatos policiales

LIBROS Y CASAS

“En la literatura policial hay inspectores y periodistas que tienen su propia saga. Ricardo Patán Ragendorfer ya puede compartir esa categoría con personajes de ficción. Está considerado como uno de los mejores cronistas del género policial de Argentina”.

Revista Anfibia

Ricardo Ragendorfer

La Paz, Bolivia, 1957

Periodista especializado en noticias policiales y escritor. Escribió para las revistas *El porteño*, *Página 30*, *Tres puntos*, *TXT*, *Cerdos & Peces*, *Rolling Stone* y *Caras y Caretas*, y en los diarios *Miradas al Sur* y *Tiempo Argentino*. Fue columnista en noticieros y en programas de TV como *El visitante* y *El otro lado*. Escribió *Robo y falsificación de obras de arte en Argentina* (1992), *La secta del gatillo* (2002), *La Bonaerense* (1997), *El otoño de los genocidas* (2016) y *Los doblados* (2017), entre otras.

Blanca y radiante iba la novia

LA MUJER PERMANECIÓ UN BUEN RATO arrodillada a metros del altar que exhibía una imagen de San Martín de Tours. Transcurría el atardecer del 30 de enero de 1919, y en ese momento no había nadie más que ella en el templo de la calle Isabel la Católica al 500, en Barracas. Al parecer, Enriqueta Rocafiguera, nacida en Murcia 35 años antes, tenía razones secretas para rezar en soledad. Había sido monja en la congregación de Jesús María y, como tal, llegó a Buenos Aires en 1912 para impartir catequesis. Lo hizo hasta que, por razones desconocidas, dejó súbitamente los hábitos. Ese jueves, al concluir su liturgia unipersonal, oyó el zumbido pertinaz de una nube de moscas que sobrevolaba el órgano. Apuró sus pasos y, al salir, una corriente de viento se le estrellaría contra la cara. En la calle vio los pañuelos que alguien había atado en el enrejado perimetral. Se sobresaltó, fue como si hubiera visto un fantasma. La percepción, tal vez, haya tenido que ver con

Liturgia

Conjunto de prácticas de cada religión.

una tragedia que había comenzado a gestarse unos 57 años antes.

Corazón espinado

En una tarde primaveral de 1892, en un campo bonaerense, una adolescente vestida de blanco jugaba a huir de un joven. Cada tanto se dejaba atrapar para besarlo con una arrebatadora pasión. Se llamaba Felicia Antonia Guadalupe Guerrero y Cueto, pero la llamaban Felicitas. Y estaba muy enamorada de Enrique Ocampo. No suponía, desde luego, que su padre tenía otros planes para ella. A esa misma hora, don Carlos José Guerrero, un próspero comerciante y hacendado de origen vasco, cerraba en el casco de su estancia el negocio más ambicioso de su vida. Al otro lado del escritorio, Martín de Álzaga –nieto del caballero español fusilado en la Revolución de Mayo y uno de los hombres más acaudalados del país– asimiló aquel asunto con un beneplácito rayano en la perplejidad. Al respecto, preguntaría:

Beneplácito rayano en la perplejidad
Aprobación que está cerca del desconcierto.

— ¿Puedo entonces anunciar mi boda con su hija en el diario *El Nacional*?

— Por supuesto. ¿Qué problema hay?

— El único problema es la edad del novio —dijo, sonrojándose.

— Pero si usted, amigo, está hecho un muchacho.

Por entonces, De Álzaga tenía 60 años. Luego de que se retirara, su futura suegra, doña Felicia Cueto y Montes de Oca de Guerrero, le comunicó a Felicitas la novedad.

Ella rompió en llanto, e imploró a su padre que reconsiderara la cuestión. Este se mostró irreductible. Felicitas insistía. Pero Guerrero daría por terminada la disputa con esta frase: “Usted me pertenece, y se la doy a quien yo quiero”. Doña Felicia, en cambio, se mostraba más persuasiva: “Lo hacemos por tu futuro, niña”.

El casamiento se efectuó dos meses después. Esa ceremonia, celebrada en la estancia La Postrera –el campo insignia del novio–, fue el acontecimiento social más importante del año.

Entre los invitados estaba Ocampo, que descendía de una tradicional familia porteña. Alicaído por la boda de su amada, se enrolaría en el Ejército para combatir en la guerra de la Triple Alianza.

La pareja, por su parte, no sería muy feliz. El marido siguió dedicado a sus negocios y Felicitas repartía su tiempo en los quehaceres de la casa y la escritura de epístolas amorosas que Enrique jamás recibiría; también cultivaba un hobby algo extravagante: criar sapos. Al año nació el primer fruto del matrimonio, y fue bautizado con el nombre de Félix Francisco.

En 1869, don Martín partió hacia Rio Grande do Sul para liquidar unos campos. En paralelo, Ocampo regresó del Paraguay y se reencontró con Felicitas: el amor entre ellos seguía intacto. Pero por aquellos días una tragedia golpearía a la mujer: el pequeño Félix Francisco enfermó de fiebre amarilla y moriría luego de una atroz agonía. Para Felicitas ya nada volvió a ser igual. Ello incidiría en su ruptura con Enrique.

—¡Tené el coraje de decirme que nunca me amaste!
—exclamaría él.

—¡Tengo el coraje de decirte que te amo, y que nunca te olvidaré! —fue la respuesta de ella.

Todo indica que Ocampo no se resignó a la nueva situación.

Poco después, Felicitas volvió a quedar embarazada. Su segundo hijo murió a los pocos días de nacer. De Álzaga, que ya tenía problemas de salud, quedó muy afectado por los fallecimientos de sus hijos y dejaría de existir unos meses después.

La viuda, que tenía en ese momento 24 años, heredó setenta mil hectáreas, varias propiedades y una nada desdeñable suma de dinero: era la mujer más rica de Buenos Aires. Ello, claro, exacerbaría el carácter codicioso de su padre, que —con el pretexto de asistir a Felicitas en el manejo de sus bienes— intentó poner semejante patrimonio bajo su control. Fue en vano; ella era una mujer de gran personalidad y tomó parte activa en la administración de sus bienes.

Por su parte, Enrique creía haber encontrado una nueva oportunidad para unirse a Felicitas. Ella, inmensamente rica y no menos bella, se convirtió en la mujer más querida de la ciudad. Con la excusa de guardar luto, trataba bien a todos, sin dar esperanzas a ninguno.

Durante uno de sus viajes a la estancia La Postrera, una tormenta hizo perder el rumbo a su carruaje. Entonces se acercó un jinete.

—Esta es mi estancia, que es la suya —fue su carta de presentación.

Esa noche, ella fue huésped de don Samuel Sáenz Valiente. El hombre del cual Felicitas se enamoraría y, pocos meses después, se comprometería en matrimonio.

El 30 de enero de 1872 Felicitas fue al centro para ultimar los detalles de la inauguración del primer puente sobre el río Salado, un evento al que concurriría hasta el gobernador de la provincia, Emilio Castro. En su ausencia llegó Ocampo a su quinta, situada en lo que hoy es el barrio de Barracas. Minutos después llegaron dos carruajes; en uno iba ella y, en el otro, su prometido.

En ese instante, se precipitaron los acontecimientos. Ocampo pidió verla a solas. Felicitas, sospechando que venía a quejarse por su inminente boda, aceptó por temor a la escena que su antiguo amante podría desatar.

Por cierto, no se había equivocado: Ocampo descargó sobre Felicitas una lluvia de reproches. Y ella lo rechazó con frialdad. Finalmente, se escucharon dos detonaciones. Y, luego, el silencio.

Felicitas yacía moribunda por un tiro que le ingresó por el hombro derecho para atravesarle un pulmón. Enrique, ya sin vida por un disparo en la sien, la sujetaba a ella entre los brazos; de su índice derecho aún colgaba un viejo pistolón. Ella exhaló su último suspiro unas horas después.

Al día siguiente, los cortejos fúnebres de ambos se cruzarían en la entrada de La Recoleta.

El día del fantasma

La muerte de Felicitas horrorizó a la sociedad porteña. Don Carlos José Guerrero –en circunstancias, desde luego, no deseadas– accedió a su máximo anhelo: heredar todos los bienes de su hija, dado que ella no tuvo descendencia. Y como homenaje a su

memoria, no se le ocurrió mejor idea que la de construir un templo católico en el sitio de la tragedia. El proyecto de la iglesia Santa Felicitas corrió por cuenta del arquitecto Ernesto Bunge y fue inaugurado el 30 de enero de 1876.

Su diseño posee un estilo ecléctico alemán, con elementos neorrománticos y góticos. Atrás de la nave principal se instaló el oratorio personal de la familia Guerrero. El púlpito, a su vez, tiene formas bizantinas, mientras que desde el techo abovedado, unas arañas con caireles de cristal irradiaban una luz algo mortecina. Y a la izquierda del vestíbulo aún resalta una estatua de mármol con las figuras de Felicitas y su hijo Félix, en tanto que, a la derecha, otra mole evoca al desafortunado don Martín.

En el verano de 1907, cuando la iglesia fue restaurada por primera vez, los obreros descubrieron que los ángeles de la fachada tenían el ala derecha caída -ya se sabe que a Felicitas le dispararon en ese lado del hombro-; para colmo, de modo inexplicable, las campanas empezaron a sonar. En aquella ocasión, incluso, se llegó a decir que la mismísima Felicitas se paseaba por detrás del enrejado perimetral del templo, sin dejar de llorar. Era nada menos que el aniversario de su muerte. Y para que se secase las lágrimas, cada 30 de enero había quienes dejaban pañuelos atados en los barrotes. Lo cierto es que ella así se convirtió en el fantasma más prestigioso de la ciudad.

Es posible que durante aquel jueves de 1919, Enriqueta Rocafiguera se haya topado con su alma en pena.

Sin embargo, ello no es más que una suposición difícil de probar: el cadáver de la ex monja fue hallado a la mañana siguiente al costado del atrio. En su rostro había una mueca de horror.



Esta crónica se publicó en la revista *Caras y Caretas*.

Si te gustó...

La valiente Irene, cuento de Patricia Suárez; *Zugzwang*, cuento de Rodolfo Walsh; *Cupo*, novela de María Inés Krimer; *Ni el tiro del final*, novela de José Pablo Feimann; *Variaciones Walsh*, serie dirigida por Alejandro Maci; *Crímenes de familia*, película dirigida por Sebastián Schindel.



Bajo sospecha

Relatos policiales

Un crimen, una investigación, una persona culpable. El enigma policial es una forma narrativa perfecta que nos seduce inmediatamente porque enciende nuestro deseo de averiguar lo que está oculto y nuestro instinto de justicia. Lo mejor de los misterios es la posibilidad de resolverlos. Y ahí está el policial para hacernos creer que detrás de cada incógnita, de cada enigma, está la llave que encaja en la cerradura y resuelve el misterio.

ISBN 978-987-0015-05-0



9 789878 915050

librosycasas.cultura.gob.ar

